

La ocupacion de Cullera, de Alcira y de Alberique bastaba sin duda para asegurar el frente del ejército, por el lado del Xucar; algunas tropas que habíamos apostado y dejado en observacion sobre esta línea, cubrían perfectamente el sitio de Valencia. Pero como las fuerzas enemigas habían desaparecido al todo, el mariscal se decidió á hacer adelantar las suyas, á fin de aprovecharse y de utilizar los recursos de un país rico y fértil. Hizo, pues, marchar al general

cal Suchet acababa de lanzar hácia el camino real de Madrid las columnas del general Harispe y con el objeto de encerrar á Blake dentro de sus líneas; y cuando hacia adelantar al mismo tiempo las tropas de los generales Reille y Musnier para socorrer al general Palombini, desmontó del caballo en el lugar de Chirivella y subió á la torre de las campanas, y contempló rápidamente desde aquella altura todo cuanto se pasaba á la derecha y á la izquierda del Guadalaviar. Precisamente, en el momento mismo llegaba á Chirivella un batallon español, que retirándose del campo de batalla en que combatian los Italianos é incierto en su marcha, creyó sin duda poder regresar á la plaza por este camino. Nuestra infantería no había llegado aun á este punto, y la sola tropa nuestra que allí se encontraba era el peloton de escolta del mariscal, compuesto de unos treinta caballos, entre húsares y coraceros. Montaron á caballo al minuto: los ayudantes de campo se precipitaron á su cabeza, y una carga impetuosa preservó del peligro que corrió, durante algunos minutos, el general en jefe del ejército frances. La infantería española se alejó; pero continuó el tiroteo por detras de los fosos y acequias, y hubo de herir á mucho de los nuestros. En dicha carga se distinguió muy particularmente el ayudante de campo Mayr de Baldeg, como tambien el capitán de estado mayor d'Herouville, y el jóven de Villeneuve, comandante de la escolta: estos dos últimos resultaron heridos mortalmente.

Delort hácia Játiva ó San Felipe, que ocupamos el 29 de diciembre sin haber de disparar un tiro, y allí encontramos un millon de cartuchos y una grande provision y acopio de arroz. La poblacion de dicha ciudad que asciende á unas quince mil almas, recibió y acogió nuestras tropas con el mismo zelo y buena voluntad que lo habia hecho la de Alzira; disposiciones de un bien favorable agüero con respecto á la próxima sumision del país y reino de Valencia.

Las tropas del sitio camparon en torno de la plaza, como á la distancia de algo mas de seiscientas toesas de sus obras, y en el orden siguiente. La division Habert, que formaba la extrema derecha, se apoyaba al Guadalaviar. A su izquierda se hallaba apostada la division Harispe, ligada con la primera por medio de algunos puestos intermediarios, y que se extendia hasta la gran carretera de Madrid. Continuaba la línea, á la otra parte de esta, el cuerpo del general Reille, cuya derecha la formaba la brigada Bourke: la division Severoli, á su izquierda, se daba la mano con la division Palombini, ahorcajada, por decirlo así, sobre el Guadalaviar, con una brigada en Mislata, y la otra en Campanar. Y para asegurar mas la orilla izquierda, casi desguarnecida despues de la batalla, las tropas de la division Musnier se dirigieron, el 27 de diciembre, hácia el arrabal de Serranos y

carretera real de Murviedro. Cuando el general Blake hubo de verse encerrado en Valencia, formó el proyecto de salir de dicha ciudad al frente de quince mil hombres, en dirección hácia las montañas, para bajar despues á molestartos en nuestras operaciones del sitio. En la noche, pues, del 28, atravesó el puente superior, adelantándose sobre la izquierda del Guadalaviar. A vanguardia marchaban unos trescientos hombres, tanto de infantería como de caballería, mandados por el brigadier Michelena, que arrollaron nuestras guardias avanzadas, pero que dieron la alarma á toda nuestra línea. Mas como la columna iba marchando por un camino hondo, al borde de una grande acequia, los primeros pelotones que se dirigieron allá volando, pudieron detenerla y atajarla con facilidad, al menos, el grueso principal, porque la vanguardia logró romper y ganó la campaña. Los restantes se vieron forzados á cejar y pasar de nuevo el puente, no sin alguna pérdida. Esta malograda tentativa hubo de ocasionar algun desaliento en la ciudad, y desde el dia siguiente comenzaron á llegar á nuestros campamentos desertores en número considerable.

X. El mariscal creyó debia de reforzar las tropas de la orilla izquierda, y como la brigada Pannetier, que el general Reille habia dejado muy atras al partir del Aragon, acabase de lle-

gar á Murviedro, se la colocó al momento en línea á espaldas de Campanar, entre Beniferri y Benimamet: el 4º de húsares vino á campar tambien en las cercanías de Burjasot, dó se estableció el cuartel general. En la orilla derecha se construyeron algunas obras para asegurar mejor nuestros campamentos: se trazaron y elevaron dos reductos y se fortificó un convento en los caminos por donde el enemigo hubiera podido emprender el desembocar, y se dispusieron muchos otros atrincheramientos en diferentes puntos, con el objeto de que nos quedase siempre tiempo para ponernos en defensa contra las salidas de una tan numerosa guarnicion, y de la que tan poco distábamos. En la noche del 30 al 31 se presentaron dos mil Españoles, por frente á la division Severoli; el 1º de línea italiano los esperó, casi á quema ropa, y embistiendo contra ellos, los rechazó y los obligó á reentrar en la plaza.

XI. Por nuestra parte, todo estaba pronto para principiar al minuto el ataque regular contra Valencia. La línea fortificada que rodeaba la ciudad, á la derecha del rio, segun lo llevamos ya dicho, formaba una punta á su extremo del Este, por el lado de Monte-Olivete; y como por este frente estuviera casi desguarnecida de fuegos, podia ser batida y tomada de revers, par-tiendo desde la orilla izquierda. Nos resolvimos

á tentar un ataque contra dicho punto, dirigiendo sin embargo el principal contra la parte saliente que formaba al Sud el arrabal de San Vicente. En la noche, pues, del 1º al 2 de enero, del nuevo año 1812, tres mil hombres conducidos por el general Pannetier, comandante de trinchera, y bajo la direccion del coronel Henri y del gefe de batallon Plagniol, abrieron las paralelas por ambos frentes de ataque, á sesenta y ochenta toesas de la plaza. Nuestros trabajadores fueron muy poco molestados; pero el valiente coronel Henri hubo de morir allí de un tiro, al terminar el perfil ó trazo de los trabajos. El ejército perdió en él un ingeniero tan distinguido por sus conocimientos como por su actividad, que habia sido gefe de ataque en siete sitios consecutivos, y que habia sabido conciliarse hasta un grado eminente la confianza de los soldados. Al dia siguiente se perfeccionó dicho trabajo, y se abrieron algunas comunicaciones hácia la espalda; en las noches siguientes se continuaron abriendo nuevos ramales hácia adelante ó al frente. La artillería que habia hecho venir su depósito principal al convento de San Miguel de los Reyes, se dió prisa á transportar algunas piezas á la derecha del Guadalaviar, á espaldas de los campamentos de los puntos de ataque, y malgrado la continua lluvia que habia hecho casi intransitables los caminos como

las tierras, construyó con pasmosa actividad cuatro baterías contra el frente San Vicente, y otras tres contra el de Olivete. Los Ingenieros cortaron con la zapa el camino real de Madrid, extendieron la paralela, apoyándola á algunas casas atroneradas, y adelantaron los ramales y trabajos hasta bien cerca del contra-escarpe.

XII. El enemigo habia contrariado nuestros trabajos con el fuego de su artillería, al cual se añadió, en la noche del 5, un vivísimo fuego de mosquetería, con el objeto de ocultarnos las disposiciones que estaba tomando en el interior de sus líneas. Pero no tardamos en observar que las tropas españolas evacuaban su campo exterior, y se retiraban hácia el recinto de la ciudad; aprovechamos al punto mismo esta ocasion y circunstancia para escalar y ocupar los frentes de nuestros ataques, sin dar tiempo al enemigo para que los desartillase. El coronel Belotti, á la derecha, y el general Montmarie, á la izquierda, penetraron en las líneas, se apoderaron de los arrabales y se establecieron en ellos: las primeras casas del arrabal, ó calle de San Vicente, *extra-muros*, solo distaban diez toesas del recinto de la ciudad*. Esta jornada hubo de va-

* La facilidad con que se abandonó y con que los enemigos se apoderaron del campo atrincherado, ó sean las líneas exteriores de Valencia, prueba mejor que otro argumento alguno la extravagancia de un proyecto semejante. Por lo demas, no

lernos ochenta y una piezas de artillería : todo el ejército español quedó encerrado en la capital que contenía además una población inmensa. No era nada difícil á los sitiadores el formarse una idea cabal y justa de la confusión que debía de reinar entre los sitiados , en aquellos primeros momentos , sobre todo , de incertidumbre y de temor ; y para aumentar aun este y aquella mas y mas , nuestras baterías de morteros comenzaron á disparar y á arrojar algunas bombas sobre la ciudad , en la noche del 5 al 6. La tropa tomó las armas en todos nuestros campamentos , y se mantuvo pronta á rechazar la guarnición , en el caso que por un acto de desesperación in-

fue el general Blake el autor de él , como el señor mariscal Stuchet parece indicarlo mas arriba ; lo fue mucho antes , es decir , en el año 1809 , el general don José Caro , que sin otro mérito que el de un bello nombre que sus mayores habían inmortalizado , se entremetió á gobernar , ó á desgobernar mas bien el reino de Valencia , abusando de los recursos de un tan rico país con un desenfreno que rayaba en locura. Las *dichosas* líneas costaron sumas inmensas y no menos lágrimas , porque á pretexto de ellas se vejó á los habitantes con multas arbitrarias é imposiciones de toda especie , cuya cuenta , si aun existe , debe de ser en extremo curiosa. Pero el general Caro tenía necesidad de embaucar y de adular al populacho , cuyas algaradas y asonadas sabía promover á tiempo cuando le conviniere no obedecer al gobierno , y á este motivo tan poco noble hubo de deber Valencia sus inútiles líneas , que solo sirvieron para comprometer una inmensa capital que regular y militarmente no era defendible , y para que se perdiese en esta un ejército , que á veinte y cinco leguas de distancia hubiera balanceado con mayores ventajas el resultado final de la lucha.

(Nota del Traductor.)

tentase el hacer una nueva salida. El mariscal escribió al general Blake , á fines de este mismo día 6 , proponiéndole la rendición de la ciudad y expresándole el deseo de evitar la ruina de una tan considerable población. El general español contestó negativamente al día siguiente , añadiendo , *que el 6 , antes del mediodía , tal vez hubiera consentido en cambiar la posición de su ejército , evacuando la ciudad ; pero que las primeras veinte y cuatro horas del bombardeo le habían hecho conocer bien , hasta que punto pudiera él contar con la constancia de sus tropas y con la resignación del pueblo.* Pero á pesar de la aparente resolución de este lenguaje , las cosas en el interior de la ciudad estaban poco mas ó menos en el estado que nosotros pudiéramos sospechar , y el general mismo nos indicaba involuntariamente su apuro , al darnos á entender que la hubiera evacuado bajo ciertas y ciertas condiciones.

Pero el mariscal no podía en manera alguna consentir ni renunciar á la esperanza de coger entero el ejército español , que quería hacer prisionero ; este había sido el objeto principal de sus cálculos y de todo su plan de campaña , y aun redobló de esfuerzos para conseguirle : los días 7 y 8 continuó con igual fuerza el bombardeo. El enemigo se había hecho firme y obstinándose en defender algunas casas del arrabal de

Cuarte; hubimos aun de atacarle de viva fuerza en el convento de las Ursulinas, y en dicho ataque perdimos al capitán de ingenieros Leviston. Cerca de la puerta de San Vicente ensayamos á abrir un trabajo de minas; pero el enemigo, con su artillería, nos hizo desistir de la empresa. Aun abrimos un nuevo ramal, y nos apoderamos del convento de los Dominicos*. En el espacio de dos dias construimos y artillamos aun cinco nuevas baterías. En una palabra, íbamos ya á batir en brecha la plaza, cuando se presentaron dos oficiales españoles como parlamentarios. El general Blake pedía salir de Valencia y la facultad de retirarse hácia Alicante ó Cartagena, él y su ejército, con armas, bagages y cuatro piezas de campaña. El mariscal no

* El convento de los Dominicos, propiamente dicho, es el vasto edificio, que por su huerto, á la izquierda, se dá la mano con la ciudadela de Valencia, y que por su derecha se liga casi á la Puerta del Real. Y es cosa clara que las Memorias no han podido hablar de él, ni tampoco del convento del Pilar, del mismo Orden de Predicadores, porque ambos se encuentran dentro del recinto de la ciudad. El convento de que aqui se habla es uno de Religiosas Dominicas, dicho de Belen, que se encuentra frente á la cortina de la muralla que corre entre los Portales ó Puertas de Cuarte y de San Vicente, y en la misma línea exterior que el de San Felipe. El trazo ademas de los trabajos de los Ingenieros, y el ramal que se ve en la hermosa lámina de los alrededores de Valencia, una de las mejores del Atlas, no deja la menor duda en cuanto al convento indicado. Por lo demas, los Franceses parece habian adivinado la parte mas flaca de la muralla, que bien pocos cañonazos hubieran bastado á demoler.

(Nota del Traductor.)

quiso acceder á esta proposicion, y fijó las bases de una capitulacion pura y simple, y en esta insertó un artículo relativo al cange de dos mil prisioneros franceses, detenidos en la isla de Cabrera, en Alicante ó en Cadiz. Al dia siguiente vino el general Zayas á anunciarnos que dichas bases quedaban aceptadas*, y regresó á la

* Este cambio tan repentino de ideas en un general de tanto juicio como Blake, pareceria inexplicable, ateniéndonos solo á la relacion del mariscal Suchet. Pero Blake tuvo para ello un motivo poderosísimo, es decir, se vió casi forzado á obrar así, con motivo de una insurreccion popular que algunos fanáticos promovieron en la tarde del siete, y que generalizada ya en parte, hubiera podido ocasionar la ruina total de una tan hermosa y digna ciudad. Los sediciosos quisieron romper por la guardia de respeto que el general tenia á la puerta de la Aduana en que residia, y aun allí mataron de un tiro al teniente de granaderos de Saboya Llanas, que se sacrificó generosamente, queriendo preservar al general Miranda. Se habian propuesto el salir á atacar tumultuariamente á los Franceses en sus campos, capitaneados al efecto por algunos frailes bien conocidos que pretendian mandar mas que el general, y que seguramente no calculaban la sangrienta catástrofe que preparaban á los habitantes de la capital. Con respecto á la deportacion de los Religiosos, ejecutada en virtud de órdenes de Paris, y de que hablará el mariscal en seguida, deberémos decir aqui en honor de la verdad, que dicho gefe dulcificó, en cuanto dependió de él, tan acerba medida, primero, no comprendiendo en ella muchos cientos de Religiosos, que abandonando sus conventos se habian retirado á sus casas ó á las de sus amigos; segundo, intercediendo para que regresasen de Francia un gran número de ellos, en virtud de ciertas recomendaciones ó informes favorables, y en tercer lugar, recomendando muy especialmente á las autoridades eclesiásticas para que se los emplease en proporcion de sus virtudes y saber, de preferencia al Clero secular, como se verificó en efecto.

(Nota del Traductor.)

ciudad acompañado del general Saint-Cyr Nuges, gefe de estado mayor del mariscal, á fin de concluir la capitulacion en casa del mismo general en gefe Blake. La capitulacion se firmó el 9 de enero por la mañana, y se ratificó de una y de otra parte sin tardanza*.

XIII. Las hostilidades habian cesado desde el momento en que se entablaron las negociaciones: nada deseaba tanto el mariscal como el conservar la capital del reino de Valencia, y el evitar á sus habitantes todos aquellos males de la guerra que no fuesen absolutamente necesarios. En una órden del dia que dirigió á sus tropas, les manifestó á estas cuan completa era su satisfaccion, previniéndoles ademas que nadie debería entrar en la capital hasta el 14. Y durante los cuatro dias que transcurrieron, esta es la consigna que se dió en las puertas para todo el mundo de afuera, mientras que en los campamentos se pasaban revistas sobre el estado de las armas, vestuario y limpieza en general. Nombróse gobernador de Valencia al general Robert, y para comandante de armas al gefe de batallon Buegeaud, oficiales ambos de una gran capacidad y firmeza, que con solos mil y doscientos hombres, entre granaderos y volteadores, tomaron posesion de la plaza, de sus prin-

* Véanse las notas y piezas justificativas, núm. 26.

cipales puestos, almacenes y establecimientos, hicieron los preparativos necesarios para haber de reunir y hacer salir el ejército español, para la entrada y alojamiento del ejército frances, conservacion de la tranquilidad pública y repression de todo desórden.

Con la toma de Valencia cayéron en nuestro poder diez y ocho mil doscientos y diez y nueve prisioneros de guerra, y entre éstos ochocientos noventa y ocho oficiales, veinte y tres generales y á su frente el capitan general Blake, y ademas, veinte y nueve banderas, dos mil caballos, ó de la caballería ó de la artillería, trescientas noventa y tres piezas de artillería, cuarenta y dos mil fusiles, ciento y ochenta mil libras de pólvora, etc. El estado de enfermos y heridos en los hospitales de la ciudad ascendió á mil ciento y sesenta y dos. El ejército español salió y desfiló el 10 de enero por el puente superior, y despues de haber dejado las armas, se le dirigió hácia la frontera de Francia. El general conde Pannetier escoltó, con su brigada, una columna de ocho mil prisioneros, que tomaron el camino de Tueruel, y otra columna de igual número marchó por el de Tortosa: los dos mil restantes salieron hácia San Felipe de Játiva, en donde esperáramos se realizaria el cange con los nuestros. Con respecto al general Blake, firmado que hubo la capitulacion, deseó alejarse al punto, y en efecto

partió al día siguiente con sus ayudantes de campo, por Zaragoza y á Pau. El ayudante general napolitano Florestan Pepé, que habia servido y distinguiéndose en los sitios de Tarragona y de Valencia, debiendo de partir por llamarle en esta época misma su gobierno, recibió del mariscal la comision de acompañarle hasta la frontera.

XIV. Para impedir que nadie entrase en tentaciones de penetrar en la ciudad antes del día convenido y fijado al efecto, el mariscal mismo dió el ejemplo de permanecer en el campo. Pero el 14 de enero hizo su entrada solemne, al frente del ejército de Aragon, por la puerta nueva de San José, mientras que el general Reille lo verificaba por la de San Vicente con doce mil hombres; y la acogida que los habitantes nos hicieron fue aun mas cordial y afectuosa de lo que nosotros hubiéramos podido esperar. La administracion municipal é interior, protegida por la presencia del general Robert, habia tenido aun el tiempo suficiente para poder tomar ciertas medidas de conservacion, y para dar las providencias oportunas con respecto á las primeras necesidades, sin verse molestada por desórden alguno ni aun por el menor recelo ni temor, en el momento en que ya se hubiera creído inminente una devastacion ó un pillage completo. Renació la con-

fianza y se estableció en seguida y sin esfuerzo alguno la sumision, sin que se viese alterada la tranquilidad pública ni un solo momento. Las autoridades, las corporaciones y los principales habitantes recibieron y cumplimentaron al mariscal en el alojamiento que se le tenia preparado. Por primer acto de gobierno, dicho gefe confirmó el tribunal de los prohombres ú hombres buenos que juzgan diariamente los litigios y contestaciones relativas al curso de las aguas, y cuya sentencia verbal es siempre ejecutoria al instante mismo. Esta disposicion fue recibida con general gratitud, porque en efecto, nada podia presentar y ofrecer un mayor interes para un pais, cuya asombrosa fertilidad, que excede todo cuanto se pudiera creer y decir, depende casi únicamente del sistema de riegos.

Se desarmó con extrema facilidad á los habitantes y milicianos que se habian organizado para la defensa del pais, y se recogió un gran número de armas, de que el consul ingles Tupper habia formado almacenes, alimentando y fomentando la insurreccion del pais, ya con estas, ya con copia de dinero y de escritos. El mariscal dió la órden de que se formase una guardia cívica, compuesta de los propietarios mas ricos, á fin de mantener la tranquilidad interior. Procedióse al arresto de algunos agentes de desórdenes, y de ciertos espías y provocadores que

fueron enviados á Francia, asi como los Frayles y Religiosos, que segun las órdenes procedentes de Paris, debian ser tratados como prisioneros, medida que contribuyó en gran manera á la pacificacion del país. El clero secular fue protegido y el culto honrado y acatado; las iglesias no se cerraron ni un solo dia, y aun vimos, en su capilla, á nuestra Señora de los Desamparados, imagen que los Valencianos veneran tanto, aun la vimos revestida con las insignias de generalísima, las mismas con que el marques del Palacio la hubiera decorado con tanta pompa antes del sitio. El anciano y respetable arzobispo de Valencia, Company, regresó desde Gandia en donde estaba á la Capital y á su silla, y se puso al frente de su clero. Este arzobispo disfrutaba de una renta inmensa, que expendia y empleaba casi toda en limosnas: su presencia y su ejemplo contribuyeron en gran manera á la tranquilidad general.

XV. Al dia siguiente al en que el ejército español habia depuesto las armas, es decir, el 11 de enero, á las diez de la noche, el mariscal Suchet habia recibido una carta del general Montbrun, su fecha de Almansa del 9, que trajo un oficial de estado mayor. Dicho general, destacado del ejército de Portugal, venia avanzando por el camino de Madrid á Valencia, con un cuerpo de tres divisiones, una de las cuales

era de caballería. En su carta anunciaba que el objeto de su movimiento era, conforme á las órdenes del emperador, el hacer una diversion contra el ejército español y proteger de este modo las operaciones del ejército de Aragon; que se disponia á maniobrar, fuese ya para cortar, ó bien para repeler hácia Alicante los cuerpos de los generales Mahy y Freyre que ocupaban Concentaina y Alcoy; que por lo demas, sus instrucciones le prescribian imperiosamente el haber de reunirse al ejército de Portugal del 15 al 20, cualesquiera fuesen las circunstancias en que se pudiese encontrar, ó las órdenes que pudiesen comunicársele. El mariscal le contestó al momento dándole mil gracias por su cooperacion, y envióle copia de la capitulacion firmada en Valencia el 9; y aun lejos de empeñarle á retardar su marcha y regreso, cuya época le habia sido bien sabiamente fijada á un término tan perentorio y tan corto por el mariscal duque de Ragusa, que mandaba en gefe el ejército de Portugal, le disuadió el llegar hasta Alicante. El mariscal temia que dicha plaza, alentada algun tanto por la presencia ó bien por el tránsito por ella de un ejército español, no hiciese y tomase ciertas disposiciones de defensa que hasta entonces habia descuidado, y esto es lo que en efecto sucedió.

XVI. El general Montbrun se adelantó hasta

en vista de la plaza, se limitó solo á enviarle una intimacion y alguna docena de granadas, y volvió á tomar inmediatamente el camino de Madrid. Pero la ciudad de Alicante, pasado el primer susto y libre ya de él, se enardeció mas y mas, y con el objeto de defenderse hizo todos sus preparativos para sostener un sitio, y cuando ya estuviera todo preparado en Mallorca para enviar á Alicante dos mil prisioneros franceses que debian ser cangeados, con arreglo á la capitulacion de Valencia, se mandó suspender de repente dicha medida. Al fin, nos vimos forzados á enviar á Francia los dos mil prisioneros españoles que reteniamos en Alcira, para verificar dicho cange. Tan viva como hubo de ser la satisfaccion que el mariscal se prometia al arrancar á sus compatriotas de la prision en que gemian, tan vivo fue no menos el sentimiento que probó al verse forzado á renunciar á dicha esperanza, despues de haber como exigido y obtenido el consentimiento del enemigo por dos veces: la primera, en su correspondencia con el general Cuesta, de que hemos hecho mérito ya al fin del capítulo XIII; y la segunda, por la convençion concluida con Blake, que era al mismo tiempo generalísimo y miembro de la Regencia del Gobierno.

XVII. El ejército no tardó en recibir los elogios y las recompensas del Emperador, por

la campaña que acababa de terminar*. El mariscal fue nombrado duque de Albufera, y con el título de dicho ducado recibió no menos la dotacion de las rentas anejas á dicho lago y á las tierras señoriales que dependen de él. La batalla del 26 de diciembre, terminada sobre el borde mismo de la Albufera, fue para el mariscal y para su nombre la ocasion y origen de una ilustracion, que á los ojos de un guerrero saca todo su prez y valía del honor de las armas y de la memoria de un cierto servicio prestado.

* Una parte de dichas recompensas se quedó solo en proyecto: con especialidad, las dotaciones en favor del ejército de Aragon que se anunciaron en el decreto imperial, no llegaron á realizarse.

Véanse las notas y piezas justificativas, número 27.